

Escuela técnica y empresa

No siempre se ha entendido la importancia de la educación especializada en virtud de las necesidades de la producción

En un reciente encuentro realizado en el Ministerio de Educación de la Nación, confluyeron representantes del mundo empresarial, funcionarios de las áreas de educación técnica de todo el país, miembros de organizaciones civiles y también docentes que se desempeñan en ese campo.

Los problemas que hoy se destacan en el terreno de la educación técnica no son nuevos, pero se han agudizado en los últimos tiempos como consecuencia de los errores contenidos en la ley federal de educación, que obligaron a reemplazarla recientemente.

Esa ley, de la década pasada, comenzó por ignorar la enseñanza técnica y fue remendada posteriormente con el auxilio de parches que no consiguieron evitar graves consecuencias, particularmente visibles en la provincia de Buenos Aires.

El resultado fue la pérdida de escuelas y docentes y, en muchos casos, de equipamientos que no son fáciles de reemplazar. También se ha vuelto visible la falta, en varias áreas, de técnicos con capacidad suficiente para atender las demandas de una industria que se ha vuelto cada vez más exigente y compleja.

En claro contraste, las escuelas técnicas de la Capital Federal, donde no se aplicó la reforma, conservaron su perfil tradicional y fueron adaptándose, en equipos y planes de estudio, a las nuevas necesidades.

No siempre se ha comprendido con claridad el papel preciso de las escuelas técnicas y muchas decisiones políticas han sido la consecuencia de esa falta de conceptos adecuados. Hace muchas décadas, algunas de ellas fueron convertidas en fábricas a partir de la falsa idea de que no puede haber nada mejor que la producción efectiva para la formación de un técnico.

Lo que se comprobó es que los docentes terminaban siendo los verdaderos productores, mientras que los alumnos quedaban reducidos al papel de mano de obra auxiliar de ellos, con un limitado aprendizaje efectivo.

Una segunda variante, también explotada con abundancia, convirtió a esos establecimientos en remedos de facultades de ingeniería, con abundancia de formación teórica y pobreza de preparaciones prácticas.

Un territorio particularmente positivo se generó a partir de los variados intentos de conectar el mundo del trabajo con el de la escuela aplicando el régimen de pasantías, que se ha extendido, aunque sin alcanzar las dimensiones que tiene en

otros lugares del mundo, como resultado de una falta de contactos acertados entre dos mundos que no siempre se entienden ni se comunican cabalmente.

La escuela técnica, desde sus orígenes, encontró especialmente sus alumnos entre sectores socioeconómicos que valoraban la inserción de sus hijos en el mundo del trabajo sin necesidad de afrontar estudios superiores, largos y costosos. Ese objetivo fue logrado en buena medida, pero los actuales desajustes muestran que esa vieja relación está deteriorada y que hace falta transformarla.

Para ello se necesita una buena cuota de voluntad política y, desde luego, la convicción indispensable para poner manos a la obra en una tarea que, debe quedar claro, será para beneficio de todos. La misión de la educación técnica no es preparar al alumno para un puesto específico de trabajo, porque no podría cubrir las variadísimas necesidades del mundo laboral.

La educación técnica debe dar a sus alumnos los instrumentos necesarios para su adaptación a ese cambiante universo, tarea final que necesariamente deben cumplir las empresas. La falta de una conciencia cabal de estos hechos está en la base de muchos malentendidos que no siempre se consigue aclarar.

Los ejemplos, no solamente del mundo desarrollado sino también de muchos países de nuestra región que han sabido adaptarse a estos requerimientos, deberían servirnos de referencia para impulsar una transformación que no debe ser, en modo alguno, una destrucción de lo existente.

En contra de lo que piensan muchos que no conocen con claridad cómo funcionan las cosas, se podría decir que un viejo torno, por ejemplo, no es una antigualla para descartar sino un escalón excelente para llevar a los alumnos a las modernas máquinas automatizadas que hoy funcionan en las grandes empresas.